

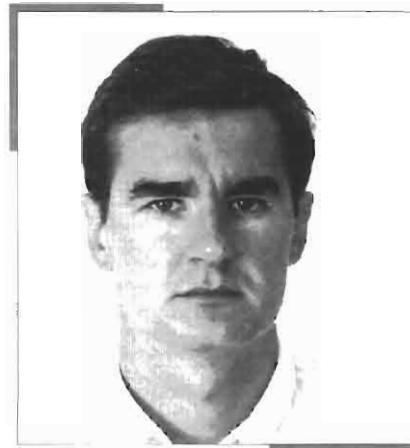
# Ya se oyen los tambores...

Cuando pasan las fiestas navideñas, lugar de encuentro y recogimiento familiar por excelencia, me encuentro cada año con varios "problemas" que resolver: recuperar el ritmo del día a día, recuperar mi organismo de los excesos alimenticios y recuperar mi economía del pellizco que supone la acumulación de celebraciones e intercambios de regalos en este maravilloso período del año.

Tan pronto como empiezo a instalarme en esa deseada normalidad, una vez superada la cumbre (mucho más que cuesta) del mes de enero, una nueva sensación empieza a nacer dentro de mí. Es el hormigueo que nace del estómago y se extiende por todo el cuerpo, cada vez que algo importante está a punto de ocurrirnos.

Es entonces cuando, al encontrarme en cualquier calle con amigos y conocidos que como yo, participan y viven la Semana Santa, me sale espontáneamente esa frase: "¡venga fulano, que ya se oyen los tambores!".

Y es que los que tenemos metido en la sangre el sentimiento nazareno no podemos evitar que al aproximarse la Cuaresma, todos nuestros sentidos se alteren de forma que creemos oír los tambores o el golpe seco del estante contra el trono, percibir el olor del incienso y la cera, el tacto de nuestras túnicas y la presión de los capuces sobre nuestras cabezas, y en nuestra boca destilarse el sabor de los caramelos, las habas



y las monas con huevo. Desde pequeño la Semana Santa para mí vino anunciada por el sonido de los tambores, pero mucho antes de que las procesiones estuvieran en las calles. Vivía, y tras un pequeño paréntesis, vuelvo a vivir en el barrio de San Antolín. Cada día realizaba el corto trayecto que separa mi casa del colegio de los Hermanos Maristas de la Merced (o del Malecón como casi siempre decíamos para distinguirnos del colegio de La Fuensanta). Y de pronto, una tarde los escuchaba por primera vez: una banda de tambores y cornetas se oía más allá del Malecón, interpretando los ritmos y sones que nos acompañan durante la Semana Santa.

En ese momento tomaba conciencia de la fecha del año en que estaba, miraba el calendario y calculaba los días que faltaban para que aquel ensayo, se convirtiera en la actuación auténtica, viva e intensa que impregna cada año el aire de las calles de Murcia.

Que emoción la de recorrer los callejones oyendo resonar los

tambores entre sus paredes y escuchando el murmullo de la gente, mientras buscas ansioso un sitio por donde pasar para ver la procesión.

Que riqueza y variedad de sentimientos aportan esos sencillos instrumentos: solemnes y tristes en las noches del Jueves y Viernes Santo; marciales y brillantes en la procesión de Jesús, alegres y festivos en el Resucitado.

Vivimos en un mundo donde lo visual manda, una imagen vale más que mil palabras, hoy más que nunca.

En esta tierra hay bellísimas imágenes que transitan nuestras calles en la Semana Santa y que valen más que todas las palabras, que cualquier palabra. Hablamos de ellas, las fotografiamos una y otra vez, y año tras año las ensalzamos porque realmente son dignas de esa alabanza.

Pero no olvidemos que antes de que estas imágenes aparezcan ante nuestra vista tras doblar una esquina caminando con su majestuoso balanceo, el sonido de los tambores ha llegado hasta nosotros y nos ha empapado del sentimiento de la Pasión de Jesucristo.

Bienvenidos sean los tambores que nos traen el dolor por la muerte del Hijo de Dios, el arrepentimiento por nuestras debilidades y la alegría de la Resurrección.

**Juan Antonio Márquez Grespo**  
Vocal de la Junta de Gobierno